

## ANÉCDOTAS MARINERAS DE CANGAS

---

Antonio Piñeiro Trelles

Fueron tantas las veces que he convivido con la gente marinera de Cangas a través de las constantes visitas a sus numerosas “farmacias” que por doquier existen en todos los recovecos de la villa, que nunca podré olvidar aquellas amenizadas charlas llenas de humanidad y gracejo, iniciada con unos altisonantes saludos acompañados de unos grandes apretones de manos como si fueran a amarrar unas largas y gruesas estachas de su barco, que dejaban huellas por un largo rato, en mis débiles manos.

Por eso quiero dar ante todo, las más expresivas gracias a mi buen amigo Ángel Iglesias, la oportunidad que me brinda, para poder glosar en las páginas de su boletín -que todos los años por esta fecha publica-, aquellos gratos recuerdos tan memorables para mí, cuando en compañía de aquellos amigos tan llorados; Pepe Vilariño (mi inolvidable cuñado), Pablo (mi paisano), Manoliño Fernández, Rafael Mera y por suerte con los que hoy vivimos, Antonio Pintos Rial, Manolo Vilas, el navegante Martínez, Bernardo Outeiral, etc. y otros tantos que necesitaría una larga lista para enumerar a todos. Fue en estos lares del Dios Baco donde saqué las más diversas conclusiones, del pensar de esta gente marinera, donde para ella sólo existe el “hoy” y el tirar para adelante. Alcanzar la meta de extraer de las entrañas del mar el máximo rendimiento para el mejor bienestar de su familia y ja vivir que son cuatro días! Ese «mañana» que tanto hemos pensado, que tarde ó temprano sólo llegará con el fin de nuestros días, no es óbice para que la gente del mar esté pensando en él a todo momento, y cuando llega a tierra firme, disfrute a su manera, de ese lapsus de tiempo que dispone.

Esta ansia, que a tantos nos tiene obcecados demasiado, por alcanzar ese futuro que nos ha cargado por el caminar de nuestra vida de un estrés y una vorágine tan desmesurada, que ahora inexorablemente nos pasa la correspondiente factura. Es cuando nos damos cuenta que el esfuerzo realizado a veces no es debidamente compensado, y digo esto porque parte de esta sociedad en la que vivimos sólo piensa profundamente en el vil metal, dejando de lado esos deberes que la misma sociedad le exige, como cuidar a sus ancianos lo mejor posible, estimularle el cariño, que ahora en el ocaso de su vida es cuando lo necesita.

Un plato de sopa caliente y unas galletas, es el verdadero manjar para ellos, ya quedan contentos. Que vean la compensación de su esfuerzo de su lucha que desarrollaron en el fulgor de su vida, para llevar adelante esa generación que hoy les abandona y trata de olvidarlos porque le estorba en el hogar donde se criaron y le hacen perder sus raíces familiares, desterrándolos a un triste asilo ó turnándolos durante un cierto tiempo de casa en casa de sus hijos, como si fuesen un trazo viejo. Y esto que digo no es un invento, ó una prosa de novela, es la pura realidad, que está pasando en la sociedad tanto de alta y baja alcurnia. Sin embargo, regularmente no suele pasar estas deficiencias en la gente marinera -salvo excepciones- eso sí, modesta de condición, pero con un alto sentido de la responsabilidad hacia aquellos seres queridos que siempre le han proporcionado lo mejor que pudieron, cuando tuvieron la época de hacerlo. Entonces es muy lógico, que el vulgo marinero en general, arranque con unas perspectivas y unas ideas casi fijas, y después de estar sobre la cubierta de un barco (me refiero a los marineros de altura) tanto tiempo lejos de su hogar, dejando peligros y otras vicisitudes, se explaye y después de atender a su familia, dé rienda suelta por supuesto con buen comportamiento entre sus amigos y se adentre en otra clase de “singladura”, la ruta de los vinos que con variopinta animosidad existen en las calles y recovecos de esta alegre villa, probando en el rural los vinos tintos de Coiro y Cela, los ribeiros mal

preparados, los castillas de alta tensión y otras variedades, que de todo hay en esta ruta de Baco. Pero como este líquido de varios colores llamado vino, no se puede beber con gaseosa, porque se estropea más aún, la temperatura que se va adquiriendo (según los casos y de qué forma) hace subir de forma alarmante la patología neurálgica, que, al pasar la «línea de flotación», el «barco» tanto se puede escorar a babor como a estribor. A veces es tan pesada la «pesca», que toma como es natural la posición más peligrosa que es la de proa.

Para esta clase de singladuras, deben de ponerse de acuerdo con un antiguo patrón de pesca, aún en activo, nativo de la bonita parroquia de Coiro, Suso Malvido, el hijo de señora Jovita, una mujer por cierto muy trabajadora, que tantas noches con el farol en ristre, desde su outeiro, no daba avistada la llegada de su querido vástago, y sólo lo podía conseguir cuando arribaba su Suso del alma, con la luz del alba, porque la del farol, ya no hacía falta. Este patrón sí, que sabe de puertos.

Lo que suele pasar también es que en el plano negativo, estas andaduras y visitas “farmacéuticas” al ser tan frecuentes, desde la animosidad y del optimismo que produce al ingerir la primera cunca (en Galicia equivale a ...cuatro chiquitas de capacidad), cuando sucede el desequilibrio y desde la alegría inicial, se trueca en una discusión agria y tempestuosa, no quedan atrás las inoportunas críticas, por lo regular contra las suegras por rácanas, por malvadas, al darle las dos tercerías de la herencia a la hija más pequeña que reside en Nueva York, casada con un norteamericano, y como éste no sabe nuestro idioma cuando viene a España (solamente de bombas y misiles), entonces hay que ayudarlo. En el plano político las discusiones en el bar, es un verdadero episodio. Que un alcalde roba, que el del otro partido manga. Que uno no hace wateres, que de otro signo, no hace los caminos competentes para poder llegar tranquilamente a casa sin caer en los charcos etc. etc. En fútbol, la discusión hay para todos los gustos, centrada en los equipos de más categoría, que si el presidente del Real Madrid con el pufo que tiene está vendiendo el estadio Bernabeu a cachos; en el Barca, que aun no está contento con el fichaje de la escuadra holandesa entera que aún quería a Michel. Que el entrenador Van Gaal (Van Mal) para unos y (Fan Jal) para otros.

Que debiera no gritar tanto ¡¡Visca Catalunya!! para hacerle la pelota a Núñez. Que debiera de beber menos coñac y más cocacola aunque estuviese contaminada, etc., etc. Y es tanta la calentura de la conversación, que se prolonga hasta las cinco de la tarde, y la pobre suegra con la demás familia de una «leche» que trina y las viandas encima de la mesa esperando para celebrar las fiestas del Cristo, y con el castigo cruel y sin piedad de condenarlo a beber solamente agua del pozo fresquita durante el xantar el pobre hombre (o los pobres hombres) que acaban de dar conferencias en el bar.

Cuento estas anécdotas de la forma de vivir de la gente del mar (con todos mis respetos, para expresar como de esta forma emergieron hombres tan ingeniosos como el señor José González (Jafón) y el señor «Xarrabullo», entre otros tantos).

Del señor González recuerdo perfectamente como si fuera hoy, -corría la década de los 60- una escena altamente pintoresca entrando en el Forte llevaba atado a un largo cordel arrastrando por el suelo un manojo de billetes. Ante aquella circunstancia y un tanto sorprendido por la forma tan campechana de proceder de aquel buen hombre, me acerqué cautelosamente a otra persona que también contemplaba la misma escena me dijo lo siguiente: “... es que este marinero, se queja de que no tiene un duro en el bolsillo, por la mala pesca que no se podía vivir así, que no poder tomar unas chiquitas un trabajador del mar es lo más triste etc. etc ...», ¡Ah!, pero cuando «pesca», el producto de una buena campaña exclamaba: «... don dinero, es don dinero, pero eu son hoxe Don José González, levo tres meses tras de ti, pero axiña, ¡carallo! ves ti tras de min ...».

Y este era el motivo por el cual atado a la cuerda iba limpiando el polvo del camino el manajo de billetes.

Y la otra anécdota, también de las que me quedaron más impregnadas en mi mente, fue la gracia del señor «Xarrabullo», cuando subía a su casa a través del barrio de Nazaret, cantando entre estribillos y discursos parándose en medio de la plazoleta, donde permanecía un largo tiempo observando de donde le caía la lluvia, y luego dando unos giros sobre sí mismo como si fuera a saludar a la gradería, entre unas socarronas risas, que tronaban en la lluviosa noche, que daba la impresión de que estaba rozando con una sartén los capitostes de una columna.

Más tarde entre balbuceos risas y cantos con su boina atuzada hacia adelante, enfilaba la calle de la Enseñanza hacia la casa de los pobres, lanzando serenatas a diestro y siniestro en todo su recorrido y sacudiendo poco a poco las dos soberanas «papalinas», que se llevaba encima, la interior por el “carburante vinícola” y la exterior por toda la poalla que se había acumulado en su humilde y ligera ropa de mahón, habitualmente la que llevaba siempre. Descansen en la verdadera paz estos hombres, que así como eran ingenuos, no dejaban de tener su picardía y su gracia a través de sus imprevisibles actuaciones.

**(Publicado en “Asociación del Santísimo Cristo del Consuelo”. Agosto, 1999. Cangas)**